

Desde la Torre

Julio 2025

DOS AÑOS DE VACACIONES

Hace unos días que ha terminado la segunda convocatoria de la Evaluación de Bachillerato para el Acceso a la Universidad —la primera suscitó, como las oposiciones al cuerpo de profesores de enseñanza secundaria, cierto revuelo social por la insuficiencia demostrada por los aspirantes— y el alegre mundo de la educación se habrá tomado en seguida dos meses de vacaciones, invirtiendo así la lógica misma de la *escuela*, una palabra que, en casi todas las lenguas cultas, conserva la raíz griega de σχολή y se refiere en realidad al ocio, al tiempo libre que los estudiantes —libres de todas las necesidades y apremios del mundo que no es el mundo de la educación— pasan estudiando. De todas las inversiones de la lógica de la escuela, la que ha convertido el bachillerato en una academia de preparación de exámenes es, con cierta perspectiva, la más grave. El bachillerato es hoy un resto de lo que fue un día la idea misma de una educación apropiada para quienes, habiendo salido de la infancia, no habían entrado aún en el mundo adulto y, por naturaleza sobre todo, pero también por el modo de ser de una sociedad que se conoce a sí misma y sabe cómo ser generosa, recibían, en el instante propicio, el don del tiempo. Ese resto es de dos años: el bachillerato no es una etapa obligatoria en la educación ni una formación profesional más o menos cualificada o especializada, como la universidad. Es, de hecho, la primera experiencia real de libertad del ser humano y se constituye, a pesar de sus distintos itinerarios, por la universalidad. No es una casualidad ni una paradoja que la filosofía sea “obligatoria” para todos los estudiantes de bachillerato. La educación “secundaria” es, de hecho, la educación primordial y el bachillerato el tiempo de exponerse a las cosas más importantes y a lo más importante de todas las cosas. Una sociedad que no impide la exposición de la juventud a la filosofía tiene derecho a considerarse una buena sociedad. Podríamos añadir que la única sociedad que se ha expuesto de una manera prácticamente ininterrumpida a la filosofía es la sociedad occidental. La manera correcta de plantearlo sería decir que la sociedad occidental empezó a serlo al exponerse a la filosofía o que ha llegado a ser lo que es precisamente en virtud de su exposición prácticamente ininterrumpida a la filosofía. Este planteamiento excluye que la filosofía sea un elemento esencial de la sociedad: la filosofía *qua* filosofía es ajena a la sociedad,

que podría existir sin ella *qua* sociedad. ¿No habría que reinvertir la concepción del bachillerato y devolver a los estudiantes la libertad de elegir, expuestos a la filosofía, un modo de vida rigurosamente inseparable de la adquisición del conocimiento? Con la óptica adecuada, el bachillerato es lo más parecido a los *Deus Ans de vacances* que Verne imaginó —subrayando proféticamente la “diferencia de nacionalidad” de sus naufragos— o a los dos años que Thoreau pasó en Walden.